Las naranjas del abuelo

Nunca olvidaré el olor y el sabor de las naranjas del abuelo. Eran las mejores del mercado y las que más zumo conseguían hacer al exprimirse. Eran las más redondas y jugosas, las más anaranjadas y las más esponjosas. Las más ácidas, las más dulces, las más suaves y las más ásperas. Servían de merienda, para comer entre horas y para el desayuno. Las más juguetonas, las más cariñosas, las mejores consejeras y las más tendenciosas. Y eran las únicas que me recordaban a él.

Como cada sábado, mi abuelo y yo acudíamos al campo para ver el estado de las naranjas. Algunas eran diminutas, otras muy pesadas, ciertas estaban picadas y en menor medida habían verdosas y manchadas. El olor a azahar nos llenaba la nariz de un intenso perfume, ese que al llegar a casa sigue pegado a tu olfato y activa en tu mente un recuerdo tan hermético como enternecedor.

Lo que más me gustaba de ir al campo con el abuelo eran sus extendidas explicaciones sobre las tipologías de naranjas, el período de maduración y su correcta recogida. Y lo más curioso es que cada sábado me lo explicaba con el mismo entusiasmo y detenimiento que el sábado anterior, y yo no hacía más que mirarlo con una pura y apabullante admiración.

Pero un sábado el abuelo no me esperó, y sin avisarme emprendió él solo el camino hacia el campo. Lo supe porque era un hombre de costumbres y supuse que estaría allí, aunque esa vez no quisiese mi compañía. Cuando logré dar con él estaba absorto en sus pensamientos y con una débil sonrisa mecía la cabeza hacia los lados, observando la plenitud de los naranjos.

- Abuelo, ¿por qué no me has avisado? - le dije con un tono de disgusto y preocupación.
- Porque un día la muerte me llevará con ella, y tampoco te avisará. - me dijo muy serio y con cierta rigidez en sus labios.
- Pero abuelo… ¿por qué me dices eso? ¿acaso estás enfermo? - contesté malhumorado.
- La enfermedad que padezco la llevo a rastras desde hace un par de años, y conforme va pasando el tiempo, más se va impregnando. - me narró como si de una adivinanza se tratase.
- ¿Y cómo no me lo has dicho? ¿Qué es lo que tienes? - dije alarmado y sobresaltado.
- Se llama vejez, y es algo de lo que no te puedes escapar, y que si Dios quiere, tú también padecerás.
- ¡Ay, abuelo! ¡Qué cosas tienes! Me habías asustado. - expuse aliviado.
- Ahora te parece una tontería, pero morirse de viejo se convierte en nuestra peor pesadilla. Cada día piensas en que tu hora puede llegar en cualquier momento y que, como en los peores sueños, sabes de sobra que no despertarás. Y por muy consciente que seas de que a todo hombre le llega su final, nuestro orgullo y valentía no entiende

Vicky García

que a la muerte no se le puede ganar. Es una batalla perdida. Un campo de naranjas podridas. Una naranja llena de mugre y avispas.

El abuelo cogió una naranja y la estrujó con sus manos, mientras el jugo de esta se deslizaba entre sus brazos. Después la tiró al suelo y la aplastó con la suela del zapato, dio media vuelta y avanzó hacia el interior del campo.
Cuando se detuvo entre dos naranjos, se señaló con el dedo y gritó como un cantante de rock en pleno concierto:

- ¡Algún día ya no seré una naranja viva, sino una podrida! Y entonces ese día me convertirán en zumo y solo unos cuantos recordarán mi jugo. Y no verán que yo un día fui naranja y que en mi árbol brotaba el azahar, aquel que decoraba el campo con su perfume y belleza sin igual.

Estaba asombrado y maravillado con cada palabra que el abuelo había pronunciado, lo que hizo darme cuenta de que amaba tanto sus naranjas porque me recordaban a él, y podía ver al abuelo en cada uno de los gajos.

El abuelo aunque ya era mayor siguió viviendo durante unos cuantos años más. Pero el día en el que murió, recordé cada una de las palabras que me había mencionado aquel sábado en el que las naranjas y él se fusionaron.

Por eso, cada vez que voy a visitarle al cementerio, le coloco en el búcaro de la lápida un ramillete de azahar, por si su belleza y olor, traen consigo el resurgir de la naranja.

Vicky García